

CRITERIOS PASTORALES Y PSICOPEDAGÓGICOS PARA TRABAJAR CON JÓVENES EN SITUACIÓN DE RIESGO Y CONFLICTO SOCIAL

David Ruiz¹

INTRODUCCIÓN²

A lo largo de la historia vemos que existen grandes barreras entre diversos grupos humanos, debidas a las razas, castas, etc, pero sobre todo a los bloques de discriminación provocados por la sociedad neocapitalista, que hace posible una vida grata para unos pocos y convierte la vida en un infierno para muchos.

Cuando un niño llega a este mundo y entra a él por la puerta de la injusticia, siente amenaza, desconcierto, confusión. Casi nunca conoce a Dios, y

¹ Orientador del Equipo de Orientación Escolar de Guadix (Granada). Profesor del Centro de Estudios Teológicos y Pastorales «San Torcuato» de Guadix. Presidente de la ONG «Padre Juanmi».

² Tomamos como base de esta introducción las reflexiones de Lola Arrieta en: VV.AA. *Los desafíos de la pobreza a la acción evangelizadora de la Iglesia. Actas del Congreso Nacional. Corintios XXIII*. Madrid, 1996. pp.733-746 (ARRIETA, L. *Reflexión creyente sobre la evangelización con muchachos marginados*)

si alguien le habla de él, lo teme y lo desprecia. ¿Cómo va a confiar en un ser tan extraño, si su seguridad básica³ está tocada desde su más tierna infancia?

Los jóvenes en situación de riesgo y conflicto social «no saben estar tranquilos», repetimos una y otra vez; «son unos desconfiados». Casi siempre temen, evitan o sospechan la relación. ¿Cómo van a gustar de la confianza, si la mayoría de los humanos son una amenaza para ellos, intentan dominarlos o los abandonan? No encuentran espacio en la «casa común», sienten que estorban, sienten amenaza, son mirados con sospecha⁴.

La experiencia de los muchachos excluidos es la misma experiencia del infierno que pone de manifiesto el pecado, la división creada. Ser marginado es una cruz, es un suplicio y es esta situación marginal la que viven; en este mundo de todos no hay sitio para ellos; por eso son expulsados de la ciudad, de la confianza, de las instituciones...

Sienten que se les niega el acceso a la vida, a la supervivencia; se les aboca a la muerte... o a la agresión y ellos se ven empujados a responder también con agresiones: «No merecen vivir, no sirven. Son unos aprovechados, ¡que paguen lo que hacen!». Es el discurso descarado o solapado que impera en la opinión pública.

La experiencia de la cruz escandaliza, la experiencia del mal incomoda, los marginados son un problema para todos nosotros. Nos crean incomodidad; con ellos no se puede vivir tranquilo. «No saben comportarse, son unos aprovechados; no tienen sentido del límite ni de la medida». Pero nos preguntamos: ¿Son víctimas o son agresores? El miedo a la cruz, el miedo a las víctimas, el miedo y la confusión ante los marginados nos hacen pecar, rechazar y contemporizar.

³ Para profundizar en este tema desde una perspectiva psicológica: MARTÍNEZ REGUERA, Enrique. *Cachorros de nadie*. Popular. Madrid, 1999

⁴ Para profundizar en este tema desde una perspectiva social: AYERDE ECHEVARRIA, P. *Estrategias de intervención en la educación de inadaptados sociales*. Pedagogía de la marginación. Popular. Madrid, 1991.

¿Hay salida? ¿Es posible la evangelización con ellos? La situación es tan desesperada que, ante esta cruz, corremos el peligro de tirar la toalla o de volvernos a casa desolados.

La evangelización en el mundo de la juventud marginada se enfrenta en primer lugar al hecho de que los sujetos, que poseen condiciones de posibilidad de estar receptivos al anuncio, sufren graves deterioros y carencias personales.

La dificultad que esto implica en sí mismo, para que la tarea evangelizadora sea liberadora-salvadora, se encuentra agravada por las condiciones de vida del joven marginado, totalmente diferenciado de los otros, con una cultura vital y vivencialmente distante.

Su escepticismo ante la Iglesia radica en que no la ven cercana. La perciben silenciosa e indiferente. Incluso están vacunados ante los intentos de acercamiento, pues sospechan que son esporádicos, y que se realizan como pasatiempos, como «hobby». El joven marginado tiene falta de estímulos y motivaciones; llega incluso a no sentir necesidad de cambio, lo que le impide oír la llamada de liberación-salvación en cuya base encontramos experiencias de fracaso y ofrecimientos interesados. Desde ahí es explicable su rechazo hacia lo institucional y hacia la Iglesia como tal institución, más aún cuando la ve distante y poderosa.

Estos jóvenes se sienten incapaces de identificarse con el Evangelio, pues entienden que no es posible que sea para ellos, que no les dice nada ni le pueden decir nada, que con su cultura/incultura son incapaces de entenderlo. Tanto más cuanto que el Evangelio es propuesto por y desde una Iglesia a la que se la ve casada con los poderosos.

Sin embargo, ante este panorama, podemos afirmar, como concluye el sector sexto de trabajo del Congreso Evangelización y hombre de hoy:

«La marginación es campo privilegiado para la evangelización, pues es una situación de no-poder, y por ello es campo privilegiado

para hacer una oferta convincente y significativa de la forma de vida de Jesús»⁵.

CRITERIOS PASTORALES Y PSICOPEDAGÓGICOS

Quisiéramos empezar señalando que, al igual que ocurre en el plano de la psicología⁶, la bibliografía pastoral es escasa en relación a este tema en concreto. Pero la práctica pastoral es amplia y los distintos proyectos educativos de carácter confesional incluyen propuestas que incorporan la dimensión trascendente en el trabajo con jóvenes en situación de riesgo social:

«Nuestro Hogar La Salle opta por un modelo abierto a la trascendencia; cree en el valor transformador de la religión y funda su acción educativa en el Evangelio de Jesús, en la vida y enseñanzas de la Iglesia»⁷.

Es desde la necesidad de dar un fundamento teológico-pastoral a estas propuestas, de donde nace la razón y sentido de este artículo, ofreciendo nueve criterios que sirvan de referencia.

La evangelización, como misión principal de la Iglesia, tiene su referencia en Jesús de Nazaret

Sabemos que la misión de la Iglesia es la evangelización⁸, dicha misión tiene su referencia en la praxis de Jesús de Nazaret. Desde los comienzos de la Iglesia han sido muchas las formas y las maneras de llevar a cabo el fin característico de la evangelización: el anuncio de la Buena Noticia como acontecimiento salvífico.

⁵ VV.AA. *Evangelización y hombre de hoy. Congreso*. EDICE. Madrid, 1986. p. 442-443.

⁶ URRRA, J. y CLEMENTE, M. (Cord.) *Psicología Jurídica del Menor*. Fundación Universidad-Empresa. Madrid, 1997. p. 150. (Cap. 3. MANCHÓN, Alicia. *Actuación en riesgo social*).

⁷ Tomada del primer Proyecto Educativo del Hogar La Salle de Guadix, del curso 1999-2000. p. 24. Material no publicado.

⁸ *Evangelii Nuntiandi*, 14

Conocemos, por la historia, cómo las distintas comunidades que fueron surgiendo desde la Iglesia primitiva hasta nuestros días se han ido adaptando a la cultura y a las sucesivas necesidades de la sociedad y de las personas. Desde esta perspectiva, las distintas respuestas que se han dado, han tenido siempre el propósito de transformar, desde dentro, la cultura, la sociedad y las personas. Y el objetivo de este «transformar desde dentro», no es otro que disponer a estas realidades a que acepten como positiva la Buena Noticia del Evangelio⁹.

Todo este proceso que estamos describiendo, le ha supuesto a la Iglesia ir jalonando su historia con luces y sombras, aciertos y equivocaciones, y sobre todo, servirse de aquellas mediaciones e instrumentos que ha ido considerando idóneos y acertados en cada etapa histórica-cultural en la que se ha encarnado.

Evangelizar no es sólo dar a conocer una doctrina; es una experiencia, es un acontecimiento liberador y salvador

Queremos hacer notar que, con frecuencia, la acción evangelizadora ha sido entendida y todavía lo sigue siendo casi exclusivamente, como anuncio de un mensaje. Según esta visión, evangelizar sería, sobre todo, dar a conocer el mensaje cristiano o la doctrina cristiana de Jesucristo a quienes todavía no lo conocen o lo conocen de forma insuficiente. Si evangelizar es, sobre todo, dar a conocer la doctrina, la primera preocupación será asegurar medios eficaces que garanticen la propagación adecuada del mensaje cristiano. La atención se centra, entonces, en la elaboración de catecismos y obras teológicas, publicación de cartas pastorales, utilización de plataformas desde las que se pueda ejercer un poder social de propaganda¹⁰.

Pero centrándonos en la temática de nuestro artículo, sin duda, todo esto es importante, pero hemos de preguntarnos desde qué espíritu se ha de orien-

⁹ VV.AA. *La Comunidad Cristiana*. Instituto Nacional de Teología a Distancia. Madrid, 1994

¹⁰ Cf. CASTILLO, José M^o. *Teología para comunidades*. Paulinas. Madrid, 1991. p.226

tar y animar toda la acción evangelizadora. Antes que nada, hemos de recordar que el Evangelio no es sólo ni, sobre todo, una doctrina. El Evangelio es la persona de Jesucristo y la salvación que en él se nos ofrece: esa experiencia humanizadora, salvadora, liberadora, que comienza con Cristo. Por ello mismo, evangelizar es hacer presente hoy en la vida de las personas, en el tejido de la convivencia social, en los problemas y sufrimientos de las gentes, esa fuerza salvadora y transformadora que se encierra en la persona y el acontecimiento de Jesucristo. Entendida así, la evangelización crea todo un estilo diferente de entender y promover la acción pastoral en la Iglesia.

Para hacer realidad la experiencia salvadora que transmite el Evangelio, hace falta el testimonio de vida de cristianos que vivan, además, en comunidad

Para comunicar esa experiencia salvadora de Jesucristo no es suficiente utilizar cualquier medio. Lo decisivo son los medios empleados por el mismo Jesús, es decir, medios que ponen en marcha un proceso de «sanación» tanto en las personas como en la sociedad entera. Medios aparentemente pobres, pero imprescindibles para introducir una «eficacia reconstitutiva de la persona»:

Acogida cálida a cada persona (Lc 15, 4-7)

Cercanía a las necesidades más vitales del ser humano (Jn 5, 1-9)

Liberación de la soledad y del sufrimiento (Mt 8, 1-4)

Ofrecimiento de perdón y rehabilitación (Jn 8, 1-11)

Cobijo a los más olvidados y marginados (Mt 9, 10-13)

Creación de relaciones más justas y fraternas (Lc 1, 46-56)

Si para transmitir una doctrina es importante contar con personas competentes y bien preparadas, para evangelizar es decisivo, sobre todo, que sean

testigos¹¹, es decir, creyentes en cuya vida se pueda percibir la fuerza humanizadora y transformadora que encierra el evangelio cuando es acogido de manera libre y responsable. Pero, además, ya sabemos que no se evangeliza sin la referencia comunitaria¹² de donde deben surgir y son enviados estos testigos.

La Iglesia está llamada a ser voz de los «sin voz»

Seguimos constatando que la sociedad excluye al pobre, lo margina; por marginado lo explota y desde esta indefensión de explotado lo rentabiliza¹³. Por eso no se ponen, desde la sociedad, medios para erradicar la situación de explotación, de donde proceden los Menores.

Según el discurso que venimos desarrollando la actuación de la Iglesia, en el mundo de la juventud marginada debe ser la de una institución que rompa con el sistema que margina. Por eso desde la Iglesia y sus organismos se debe realizar una acción en que se ponga de manifiesto que la Iglesia es signo en medio de la marginación, a través de comunidades cristianas comprometidas. Desde esta perspectiva, la Iglesia no ha de escatimar ni en personas, ni en tiempo, ni siquiera en bienes materiales, a la hora de impulsar la creación de estas comunidades en ámbitos que demandan una respuesta urgente desde el Evangelio.

Esta actuación se debe hacer desde la perspectiva de las Bienaventuranzas, que es desde donde escuchamos a los pobres como voz de Dios. La Iglesia de Jesús es la Iglesia de los pobres y marginados, que son sus herederos. Por ello es necesario que la Iglesia reordene sus prioridades, para que su opción preferente por los pobres sea una opción real.

¹¹ El testimonio cristiano es el medio fundamental para proclamar el evangelio, cf. EN. 41. Sin él, puede haber «propaganda religiosa», pero no verdadera evangelización.

¹² Cf. BOFF, L. *Eclesiogénesis. Las comunidades de base reinventan la Iglesia*. Sal Terrae. Santander, 1979. p. 17-18

¹³ MARTÍNEZ REGUERA, Enrique. *Cachorros de nadie*. Popular. Madrid, 1999. p. 20

Creemos que sólo una Iglesia solidaria con los marginados es capaz de entender y vivir el Evangelio; porque sólo cuando se comparte la situación de los desesperados se puede comprender y aceptar al Dios que «derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, sacia a los hambrientos y despide a los ricos» (Lc 1,52-53).

Los pobres, los marginados, los últimos también nos evangelizan. Partiendo de la convivencia con ellos, se produce un conflicto en nuestra persona. La miseria personal, afectiva, familiar y social que viven estas personas derrumban nuestros «seguros esquemas» y nos predisponen a la conversión. Así maduramos y reorientamos la vida desde ese espacio teologal que son los pobres

Ante este panorama apostamos por una Iglesia, comunidad de comunidades, solidaria y comprometida que rompa con este sistema opresor. Así hará realidad el Reino de Dios¹⁴ en medio de la juventud marginada, liberando a la persona de esta estructura opresora, que la esclaviza y deshumaniza.

Así las comunidades cristianas serían, entonces, una de las mediaciones e instrumentos por las que apuesta la Iglesia en la acción evangelizadora. Desde ellas y por ellas la Iglesia ha intentado dar respuesta a las necesidades, carencias y urgencias que el hombre ha ido planteando en todas las facetas de su existencia. Han surgido distintas comunidades, con metas muy concretas; aunque la finalidad de todas ellas ha sido, es y será ser instrumentos de evangelización, pues en ellas se manifiesta el amor que Dios tiene a todo ser humano.

Las comunidades que se impliquen en la acción evangelizadora con los jóvenes marginados van a experimentar un cambio y conversión continua de mentalidad, modos de hacer, formas de relacionarse con los

¹⁴ Cabe ahora preguntarnos, ¿qué entendemos por «Reino de Dios»? Es José M^o Castillo quien mejor nos responde a esta pregunta Cf. CASTILLO, José M^o. *Teología para comunidades*. Paulinas. Madrid, 1991. pp.103-109

muchachos. Se trata solamente de estar a su lado, sino de estar «de su lado»; de esperar «a que vengan donde nosotros estamos», sino de «ir a donde ellos están»; de trabajar «por y para ellos», sino de «compartir pan, vida y destino con ellos». Así ofrecer la Buena Noticia del Evangelio a los jóvenes en situación de riesgo y conflicto social pasa necesariamente por «historizar y encarnar»¹⁵ esa buena noticia en el trabajo por su liberación.

Esta actitud de la comunidad, de dejarse transformar por la realidad a la que se dirige, nos hace ver que cada miembro se acerca a esta labor con los jóvenes por vocación. Se produce, así, un ambiente de «empatía» a partir del cual se van creando expectativas positivas en la intervención con los chicos.

Un aspecto importante es la formación, tanto teórica como práctica, de los agentes que intervienen en la acción evangelizadora con este tipo de chicos

Pero no sólo vale «tener esperanzas de que la acción va a ir bien». La formación es un elemento importante para aquellos que se acercan al mundo de la evangelización con este tipo de chicos. El asistencialismo y la buena voluntad no bastan. Hablamos de una formación teórica como marco de referencia para interpretar adecuadamente los hechos y proyectar la intervención; y una formación práctica, entendida como la vivencia «experienencial», no experimental, desde donde se confronta la faceta teórica. Esto afianza a los agentes pastorales a un compromiso prolongado en el tiempo en una estructura comunitaria determinada.

Desde una buena formación teórica y la dedicada práctica «encarnada», estaremos en disposición de «decodificar» e interpretar las conductas disruptivas de los jóvenes marginados, fruto de las experiencias negativas

¹⁵ Cf. AA.VV. *Evangelización, Catequesis, Catequista*. Edice. Madrid, 1999

infantiles en la relación padres-niño, para entender el porqué de dichas conductas. Así no reduciremos al niño a sus meras conductas antisociales. Pues en estos chicos que han recibido, como respuesta a sus necesidades, desde muy temprana edad abandono, descuido, ignorancia, abuso, etc.; se configura un determinado tipo de persona que hemos calificado como antisocial¹⁶, consecuencia del contexto negativo, que en último término, crea la propia sociedad.

Hay que dejar una puerta abierta a otros posibles condicionamientos positivos que se acerquen a la vida de estos jóvenes, pues no reducimos la configuración de la religiosidad exclusivamente a las referencias parentales.

Ante esta realidad de la juventud en situación de riesgo y conflicto social, la acción evangelizadora, entendida exclusivamente como «doctrina», se puede convertir en una labor «casi imposible» de llevar a cabo. Esto es así porque dadas las características familiares, y las consiguientes influencias negativas de los referentes parentales¹⁷, la imagen de Dios sufre distorsiones y traumatismos. Por lo tanto la experiencia religiosa no llega a configurar la vida de la persona.

Esto nos hace entender la evangelización desde la perspectiva que citábamos más arriba: como una experiencia, un acontecimiento que hace realidad aquí y ahora la salvación querida por Jesús para todo ser humano. Y desde esta óptica, apostamos por una evangelización que se realice en y desde la comunidad de fe viva, que desde su testimonio y encarnación con los jóvenes marginados, muestra un orden nuevo real, existente ya en el seno de la comunidad: el Reino de Dios.

¹⁶ Para profundizar en este punto cf., KAZDIN, A.E. y BUELA CASAL, G. *Conducta antisocial. Evaluación, tratamiento y prevención en la infancia y la adolescencia*. Pirámide. Madrid, 1994

¹⁷ Para entrar en detalle podemos consultar a: DOMINGUEZ MORANO, Carlos. *Crear después de Freud*. San Pablo. Madrid.1992. APARISI LAPORTA, Antonio. *Religión, psicología y cultura en el ámbito cristiano*. Proyecto Sur. Granada, 1999.

El camino a seguir con estos jóvenes, en la acción evangelizadora, es una dinámica educativa¹⁸ de proceso. Dicha dinámica encamina a estos chicos en un «proceso de decisión», entendiendo como fundamental promocionar a la persona desde la restitución¹⁹.

Pero no podemos perder de vista a los destinatarios que se hayan situados históricamente en un contexto concreto. Por eso, la acción evangelizadora con estos chicos la concebimos como un proceso que implica una secuenciación y estructuración pedagógica y una continuidad en el compromiso evangelizador de una comunidad. Desde este encuadre, este proceso parte del testimonio de la comunidad, sigue con la restitución de los jóvenes desde «un compartir territorio» de la comunidad con los jóvenes, continúa con el desmonte religioso a través de la catequesis creadora de identidad y termina con la incorporación a la comunidad; convirtiéndose ellos mismos en evangelizadores. Entendemos que el hecho de comenzar el proceso evangelizador «promocionando a la persona»²⁰ desde la restitución, es el primer paso de la evangelización con jóvenes en situación de riesgo y conflicto social.

Suscitar la pregunta religiosa

Nos gustaría terminar este desarrollo indicando un elemento decisivo en el proceso de evangelización con la población de jóvenes en situación de riesgo social: **suscitar la pregunta religiosa**. Como afirman varios autores²¹ «el niño posee, ya desde su nacimiento, una disponibilidad religiosa específica». Por eso creemos que en los jóvenes explotados, la apertura a la dimensión religiosa hay que conquistarla progresivamente. Habrá que

¹⁸ Cf. RODRÍGUEZ CARRASCO, Baldomero. *Salid a los caminos. La evangelización de los alejados*. San Pablo. Madrid, 1995. p. 99.

¹⁹ La «restitución» se produce cuando cambian las condiciones internas y externas al sujeto.

²⁰ FLORISTÁN, Casiano. *Para comprender la Evangelización*. Verbo Divino. Navarra, 1993. p. 77.

²¹ Entre ellos, DACQUINO, Giacomo. *Religiosidad y psicoanálisis*. CCS. Madrid, 1982

hacerlo a partir de la asunción de su propia realidad como persona, desde los deseos de vivir y el límite hecho invocación.

Para esto, el joven ha de entrar en contacto con aquellas personas, acontecimientos, y valores que hacen visible, palpable la experiencia de la fe, y que él los experimente como «nuevos». De esta forma, toda realidad religiosa —la comunidad de pertenencia y referencia, como veremos en la tercera parte— ha de actuar en el joven como «acontecimiento perturbador», que le sacuda desde fuera y le impulse a la búsqueda de nuevas motivaciones. Es decir, el contacto con las mediaciones religiosas produce en el joven una «experiencia nueva».

La experiencia religiosa acontece cuando el joven se ha enfrentado al problema del límite y del sentido de la vida y no encuentran la respuesta definitiva. Pero vamos más lejos y afirmamos que, cuando estos jóvenes se encuentran con preguntas que les afectan vitalmente y para las que no encuentran respuestas, las mismas preguntas se convierten en invocaciones, al menos implícitas, a lo trascendente, o en una búsqueda que trasciende a los propios sujetos. Estas invocaciones son precisamente las «preguntas religiosas».

Se suscita una experiencia religiosa, no tanto por la respuesta obtenida —que deberá ser explicitada más adelante— sino por el mismo tipo de pregunta que ha surgido en el joven. Estos jóvenes, de los que hablamos, descubren entonces el valor de la experiencia religiosa, que abarca toda su existencia, que reorienta y unifica todas las demás experiencias hacia un sentido global, último y pleno. Se sienten así comprometidos en una respuesta, que comienza a ser una respuesta de fe. Es decir, confianza en que Dios les puede salvar.

Es muy importante tener en cuenta, que a estos jóvenes habrá que presentarles la experiencia religiosa como «buena noticia». Dios no es alguien que aliena, que impide la libertad, sino que lleva a la afirmación de sí mismo y a la libertad plena.

ACTITUDES QUE NOS EXIGE LA EVANGELIZACIÓN CON LOS JÓVENES MARGINADOS²²

Dejarnos evangelizar por ellos

Ésta es una actitud básica y que consideramos como actitud marco: ser nosotros los primeros evangelizados por el ministerio de estos jóvenes, pues son Cristo sufriendo hoy. Por ello, nuestra actitud debe ser la de asumir un proceso de conversión permanente y de encarnación y de pobreza desde la experiencia de Dios.

No somos ni la solución, ni los protagonistas, sino signos de Dios que ama. Debemos ser testigos vivos de la Buena Noticia con talante de amor a la vez que de profesionalidad.

Nuestra actitud de trabajo en la evangelización con estos chicos debe ser de compromiso, a pesar de los riesgos, «mojándonos» y luchando en esos colectivos porque es de justicia. Los valores de solidaridad y de compartir deben ser experiencias de vida, no referencias teóricas. Pero se debe actuar aceptando sus contradicciones, con fe en el hombre, buscando alternativas en actitud de gratuidad, de humildad, de pobreza, de comprensión.

Esto implica darse y saber que tanto como se va a dar, se va a recibir, estando con ellos, denunciando con ellos, si queremos que nuestra denuncia sea una denuncia profética; si queremos prestar nuestra voz para ser su voz y si queremos que nuestra acción sea una acción «promocional», no paternalista.

Paciencia y escucha

La evangelización en la juventud marginada exige una actitud de paciencia, pero se trata de una paciencia perseverante que vive el presente con voca-

²² Cf. VV.AA. *Evangelización y hombre de hoy. Congreso*. EDICE. Madrid, 1986. p. 445-446.

ción de aparente fracaso, que vive la esperanza escatológica, que cree que la Buena Noticia es siempre Buena Nueva por encima de ese aparente fracaso. Esta actitud hace referencia a los hechos de la salvación: interpretar el paso de Dios a partir de sus hechos y considerar su ausencia a partir de sus lagunas.

Desde esta perspectiva afirmamos que con estas personas no debemos tener prisa. Hay que tomarse el tiempo necesario para escucharlos y comprenderlos. No son personas fundamentalmente «eficaces»; encuentran su alegría en la presencia, en la relación; su ritmo es el del corazón. Estos chicos nos obligan a ir más despacio para vivir intensamente la relación²³.

Así entendemos que en estrecha relación con la «paciencia», está la «escucha». Escuchar es ante todo una actitud. Es tratar de comprender al otro con sus sufrimientos, sus deseos y su esperanza, sin juzgarle ni condenarle. Escuchar es hacerle ver al otro su valor para darle vida y ayudarle a tener confianza en sí mismo. En muchos casos estos chicos sufren porque sienten que nadie intenta comprenderlos. Pero si se les escucha con interés, atención y benevolencia, comienzan a abrirse.

Desde esta actitud de escucha los juicios desaparecen, se potencia el comprender las heridas interiores de estos chicos y el ayudarles a avanzar paso a paso. Por eso si el otro siente que se le intenta comprender, estar cerca de su corazón, él también dejará caer sus miedos y sus prejuicios y mostrará una actitud de confianza.

Que nuestro Dios sea el Dios de Jesús

Él nos muestra al Padre y nos lo muestra con su vida y con su historia. No es el dios de la ley, ni el dios de los momentos de «aprieto»... es el Dios-

²³ Cf. VANIER, Jean. *Amar hasta el extremo. La propuesta espiritual del Arca*. PPC. Madrid, 1997. p.29.

amor; el defensor de los débiles, el que valora la vida y denuncia el poder del mal. El que reconoce y acoge la impaciencia de las víctimas.

Se trata de un Dios que se encarna en la historia²⁴. Es decir, el ser y estar con estos chicos para siempre, gratuitamente, y con el tipo de presencia que necesitan. Por eso «encarnarse con...», exige vivir la vida desde un estilo y con un proyecto, que no casa con «prestar un servicio provisional, educativo,...» sino que afecta a las estructuras y convicciones más hondas de la persona.

Esto nos exige colocarnos al lado de los muchachos y del lado de los muchachos, sanando heridas, y creando espacios donde se pueda respirar, sonreír, hablar, participar, entenderse, entender el mundo y situarse en él... reconociendo siempre que el Señor va con nosotros.

Dios se manifiesta en la historia, y actúa en cada momento de la vida de estos jóvenes en riesgo de una forma imperceptible; de ahí que nuestro compromiso, como respuesta de fe, se da también en la historia.

²⁴ Principio de encarnación: Acto donde se hermana la realidad del hombre y la realidad de Dios.